

La imagen el indio Caribe y el español conquistador en *Muy caribe está*: un cuadro de semejanzas*

The image the Caribbean Indian and Spanish conquistador in *Muy caribe está* (novel): a picture of similarities.

Wilson Andrés Cano Gallego**

Resumen

El presente artículo es un análisis de la novela *Muy Caribe está*, del escritor antioqueño Mario Escobar Velásquez (1928-2007). El trabajo parte de la hipótesis según la cual el escritor hace un balance de la imagen del indio Caribe y el español conquistador, para destacar en ambos bandos al hombre de carne y hueso que en sus logros y sus excesos se vio enfrentado en las primeras décadas del siglo XVI en la región del Caribe colombiano. Es, a su vez, una reivindicación de la condición humana frente al dolor, el sufrimiento y las ansias de poder y riqueza que se dieron en el encuentro de las dos culturas. Se busca además establecer un diálogo entre la novela y algunas fuentes documentadas de los Cronistas de Indias, de modo que esto permita una visión más humana del relato ficcional con relación a la ofrecida por la historia oficial.

Palabras Clave: Mario Escobar Velásquez, *Muy Caribe está*, novela, historia, ficción, indio Caribe, español conquistador

Abstract

This article is an analysis of the novel *Muy caribe está*, by writer Mario Escobar Velasquez from Antioquia (1928-2007). The work starts off the hypothesis according to which the writer makes a balance of the image of the Caribbean Indian and

* Este texto se enmarca dentro proyecto de investigación *Narraciones de la imagen. Relaciones entre palabra e imagen en la narrativa latinoamericana contemporánea*, realizado en el Semillero de Investigación de *Hermenéutica Literaria*, en el año 2013. Adscrito a la Escuela de Ciencias y Humanidades de la Universidad EAFIT.

** Candidato a Magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Especialista en Administración de la Informática Educativa, UDES. Licenciado en Humanidades Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Docente del municipio de Medellín. Correo electrónico: wcanoga@eafit.edu.co

Spanish conquistador, to highlight in both sides the man of flesh and blood that in his accomplishments and his excesses he was confronted in the early decades of the Sixteenth Century in the Colombian Caribbean region. It is, in turn, a vindication of the human that confronts pain, suffering and the desire for power and wealth that occurred at the encounter of the two cultures. It also seeks to establish a dialogue between the novel and some documented sources of the Chroniclers of the Indies, in order to allow a more humane vision of fictional narrative in relation to that offered by the official story.

Keywords: Mario Escobar Velásquez, *Muy caribe está*, novel, story, fiction, Caribbean Indian, Spanish conquistador.

“El Caribe y Español eran razas de los mismos propósitos, rapiñeras, crueles, sin piedad” (Escobar, 1999, p. 258)

1. Preámbulo

El choque cultural que significó la Conquista de América no solo puede medirse en la abundancia, la exuberancia y la grandeza de las tierras del Nuevo Mundo para España; o en el caudal de riquezas que representaron para Europa las montañas de oro, plata y perlas arrancadas al indígena a cuenta de vejámenes y crímenes de magnitudes incalculables; o la libertad pisoteada del indígena en nombre de la cruz y la espada, la enfermedad y la muerte. También –y allí reside el mayor impacto de este encuentro– está en la forma como la imaginación europea se pobló de aves, árboles, frutas, ríos, mares y civilizaciones insospechadas, gracias a la pluma de los cronistas que contaron lo que vivieron y lo que oyeron de los conquistadores y los conquistados, unas veces desde una mirada desbordada de frescura y candor frente a la indefensión de los “salvajes”, y otras veces exacerbada por los crímenes, la rapiña y la vesania del español conquistador.

Estas dos miradas frente a la Conquista de América, debido en parte a la visión ofrecida por cronistas¹ tan diversos como Bartolomé de Las

1 Si bien se usa el término “cronista de Indias” para referirse al hombre conquistador que da cuenta de la forma de vida de los indígenas y la geografía del nuevo territorio en un relato

Casas (1474/84- 1566), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478- 1557), Hernán Cortés (1485- 1547) o Bernal Díaz del Castillo (1496-1584), entre otros, han generado una amplia producción de obras históricas y literarias que buscan reconstruir el pasado de los pueblos indígenas de América y el papel que supuso la influencia de unos sobre otros, españoles e indígenas, y viceversa, con relación a aspectos sociales, económicos y culturales en la Conquista del Nuevo Mundo.

Sin entrar aquí en esa discusión, se entiende que la literatura en Hispanoamérica ha tomado partido de uno u otro lado para reconstruir esas imágenes del conquistador y del conquistado, o para recrear los vacíos que la historia oficial ha silenciado. Son claros los ejemplos, aunque variados y distantes en el tiempo, del épico poema de *La Araucana* (1569) de Alonso de Ercilla, o las obras de ficción histórica como *El Entenado* (1983) de Juan José Saer y *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier. Más cercano aún se sitúa *Ursúa* (2005) y *El país de la canela* (2008) de William Ospina, así como *Muy Caribe está* (1999), del escritor antioqueño Mario Escobar Velásquez como obras que se enmarcan en este convulso período del Descubrimiento y la Conquista del Nuevo Mundo.

Esta última novela en particular se reviste de interés y actualidad para la temática que se quiere plantear aquí, en cuanto a la forma como el autor recrea la imagen de los personajes históricos y las acciones en el encuentro de los conquistadores españoles y los indios Caribes. Es por esto que, en la búsqueda de un acercamiento crítico a esta obra, se parte de la siguiente hipótesis: en *Muy caribe está*, el escritor hace un balance de la imagen del indio Caribe y el español conquistador, para destacar en ambos bandos al hombre de carne y hueso que en sus logros y sus excesos se vio enfrentado en las primeras décadas del siglo XVI en la región del Caribe colombiano. En este sentido, tiene relevancia también el rol de la mujer Caribe, en tanto que rompe con

específico llamado *crónica*, se trata de varios géneros que incluyen a la historia o crónica propiamente, las cartas y la relaciones (Mignolo,1982).

estas semejanzas y cumple una función, que como se verá, difícilmente se inscribe en la imagen de mujer del siglo XVI.

Este trabajo busca a su vez una reivindicación de la condición humana frente al dolor, el sufrimiento y las ansias de poder y riqueza que se dieron en el encuentro de las dos culturas. Además, se establece un diálogo entre la novela y algunas fuentes documentadas de los Cronistas de Indias, de modo que esto permita una visión más humana en el relato ficcional con relación a la ofrecida por la historia oficial. Para cumplir con este propósito, primero se harán algunos apuntes al contexto de la obra en general del escritor y a los aspectos planteados en la novela con relación a la tradición de la “Nueva Novela Histórica”, para luego entrar en el análisis propiamente donde las semejanzas en las acciones entre españoles e indios caribes, así como la no correspondencia de estas semejanzas en la mujer Caribe, configuran el entramado ficcional.

2. *Muy Caribe está*

Mario Escobar Velásquez (1928-2007) es un escritor tardío que comienza a publicar a los 50 años de edad cuando ya tenía tras de sí por lo menos 30 años de arduas lecturas y ejercicios escriturales que le permitieron mostrarse al público como un autor maduro, crítico y consciente de su función social y artística. Desde su primera obra, *Cuando pase el ánimo sola* (1979), hasta *Diario de un escritor: extractos* (2001), hay una veintena de títulos en las que el autor refleja un realismo intenso, *Con sabor a fierro* (1991), y una fuerza inusitada en los diálogos que hacen de su lenguaje un estilo propio. Inventó palabras, las fracturó y las unió con otras, arremetiéndolo con una sintaxis a menudo pedregosa que, no siendo ajena a la crítica (Montoya, 2009), le han dado una posición relevante en la producción novelística colombiana.

Muy Caribe está (1999),² en este sentido, no es una excepción en ese camino de consolidación del autor, ya que se presenta como una obra de gran riqueza de imágenes en la que los personajes, los lugares y las acciones se revisten de interés histórico, y en la que el autor bordea sin escrúpulos historicistas ese paso movedizo entre lo histórico y lo ficcional. En esta novela los hechos históricos son narrados en primera persona a modo confesional³ por un nonagenario español, quien nunca revela su nombre, exiliado en un convento de Extremadura. Próximo a la muerte, este testigo reconstruye las hazañas vividas en el primer viaje navegable de conquista por el Golfo de Urabá, acompañado de un puñado de hombres históricos entre quienes figuran Juan de la Cossa, Francisco Pizarro, Alonso de Ojeda, Vasco Núñez de Balboa, Diego de Nicuesa y Pedrarias Dávila, hacia las primeras décadas del siglo XVI, cuando se dan acontecimientos como la fundación de San Sebastián de Urabá y Santa María la Antigua del Darién, así como el descubrimiento del mar Pacífico por Balboa, en 1516.

También cobran valor, como punto central del relato, las peripecias que vivió este protagonista con un grupo de indios Caribes cuando su padrino, Juan de la Cossa, le pidió que se quedara en el lugar para que aprendiera la lengua y las costumbres de los indios y sirviera como traductor al servicio de los conquistadores. Allí permaneció por varios años, no solo adaptándose a las costumbres, a la forma de vida,

2 Todas las citas que remitan a la obra son tomadas de Escobar Velásquez, Mario (1999). *Muy Caribe está*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

3 Manuel Alberca (2007) distingue tres formas de “novelas del yo” (p. 92): la autobiografía ficticia, la novela autobiográfica y la autoficción. Ninguna de estas tipologías se ajustan estrictamente a la obra analizada aquí, mejor sería hablar de lo que él denomina “el pacto novelesco o ficción” (p. 70), que si bien mantiene ciertos aspectos del relato autobiográfico, se diferencia radicalmente de esta en dos características: 1. Hay un distanciamiento del autor con su narrador (el novelista desaparece del texto y cede su protagonismo al narrador, de modo que este asume toda la responsabilidad de lo relatado); 2. El novelista construye un mundo que solo puede ser cotejado en el texto, aunque aclara que en novelas históricas, [como es el caso en esta], el novelista pone al servicio de la “verosimilitud hechos y personas que existieron fuera e independientemente del texto [...] en realidad los hechos y los personajes históricos no están allí para levantar un expediente de lo real [...] sino como elementos privilegiados de la verosimilitud de un relato que en su componente básico es ficticio” (p. 73).

al amorío de sus mujeres e incorporando toda la cosmovisión de ese mundo indígena, sino que terminó con la “mente India”⁴ (Escobar, 1999, p. 56) como varias veces lo reitera el protagonista, convirtiéndose en un aliado-espía de los Caribes en tiempo de guerra.

La novela se enmarca en la tradición de lo que Seymour Menton denomina la “Nueva Novela Histórica”, cuyo origen se da entre 1949 y 1979 en América, con la producción de algunas novelas de Alejo Carpentier⁵. Según este teórico, la NNH⁶ se define como “aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (Menton, 1993, p. 32). Algunas de las características que predominan en esta forma particular de novela son el carácter cíclico e imprevisible de la historia, en la que esta se distorsiona de manera consciente mediante omisiones, exageraciones y anacronismos; las figuras históricas más relevantes de ciertos periodos son ficcionalizadas; y el discurso oficial de la historia se dinamiza a través de la intertextualidad, la metaficción, la parodia, lo carnavalesco y lo dialógico como vía de reconstrucción de hechos y personajes del pasado, entre otras (Menton, 1993).

En la novela de Escobar son evidentes algunos de estos aspectos. Los personajes históricos (Pizarro, Alonso de Ojeda o Balboa, por nombrar algunos) son ficcionalizados hasta situaciones dramáticas, como es el caso del llanto de impotencia y odio de Ojeda frente a la indefensión y la derrota (Escobar, 1999) o el episodio paródico de la situación en que Francisco Pizarro pierde a su yegua andaluza al caer en las fauces de un prehistórico caimán (Escobar, 1999), por solo nombrar algunos apartados. También son constantes los anacronismos del narrador

4 Hay toda una tradición novelesca sobre el conquistador que se convierte al mundo de los salvajes, el *gone native*. Es, como el primitivismo, un tropo que permite ver desde afuera la cultura occidental. El entenado (1983) de Juan José Saer o El etnógrafo de J. L. Borges tiene un testimonio muy revelador de ese imposible retorno. La obra de Escobar parece focalizarse desde esta perspectiva.

5 Las obras de Carpentier que entran en este orden son *el reino de este mundo* (1949); *el siglo de las luces* (1962); *Concierto barroco* (1972); y *el arpa y la sombra* (1979)

6 Siglas para designar la Nueva Novela Histórica, NNH.

en el relato cuando apunta, por ejemplo, a datos de la “civilización industrial” (Escobar, 1999, p.223) que no encajan con los “saberes” de un hombre conquistador del siglo XVI.

También es claro cómo el narrador establece vínculos intertextuales al criticar reiteradamente los vacíos y las omisiones de los textos históricos; afirma que no se “ha propuesto hacer historia” (Escobar, 1999, p. 383), pero reconoce que en todos los infolios que sí pretendieron hacerlo hay muchas carencias, ya que en otras palabras, la historia no es más que “una ramera que se acuesta con los que ganan” (1999, p. 319). Critica duramente a los cronistas por sus omisiones como en las crónicas del Perú (Escobar, 1999) o por los excesos retóricos de escritos similares, solo rescatando a Bartolomé de las Casas de quien afirma que, aunque no estuvo en ninguna de las gestas de la Conquista, sus narraciones son las más verídicas (Escobar, 1999).

Lo metaficcional también se presenta en pasajes donde el narrador declara que su escritura no tiene finalidad alguna, pues otros han escrito de lo mismo y él solo lo hace para distraer el tedio de los largos días; otras veces, cuando hablando de su inmensa biblioteca en el convento desde el cual cuenta su historia, confiesa su amor por el latín, o afirma cómo la gramática le importa menos que el vocabulario (Escobar, 1999). La figura del escribano que los acompañó en la travesía de conquista por el Golfo de Urabá es el pretexto para hablar del escritor quien, según el narrador, entiende que la función de contar todos los sucesos es una obligación moral, por encima del hambre y las penalidades; un personaje de quien, según el narrador, Bartolomé de las Casas pudo haber tomado los escritos que después firmó como suyos (Escobar, 1999).

A esta enumeración esquemática de algunos aspectos de la NNH en *Muy Caribe está* se le suman, por otra parte, las observaciones hechas a la novela por algunas inconsistencias (Pineda, 2005) que apuntan a aspectos como las imprecisiones de orden temporal (lenguaje anacrónico y en desuso buscando un discurso acorde a la época);

el papel del narrador, como un lugar común de la literatura, que ya anciano cuenta desde sus últimos días, cansado y con algo de afán por terminar su relato para que “la Muerte se lo lleve”, los sucesos acaecidos cincuenta años atrás; o incluso la extensión desigual de los tres capítulos de la obra con un final apresurado. Esta situación en particular parece justificarla el narrador al final de la novela cuando expresa: “soy un distraído insigne. No tendré tiempo, ni ganas de ponerme a enmendar, a corregir, a organizar capítulos, a borrar repeticiones e iteraciones. Mi libro quedará como lo acabe cuando lo acabe” (Escobar, 1999, p. 383).

Ante estas críticas, Jairo Morales (2005), por el contrario, destaca las escenas de la novela por su fuerza evocadora y su aliento dramático, así como la validez de los arcaísmos, los giros sintácticos enrevesados y una sintaxis anacrónica para un autor que gusta de los experimentos con el lenguaje y de una tendencia estilística en la que abundan las imágenes bien logradas y originales. Por su parte, Pablo Montoya (2009) en el estudio sobre la novela histórica en Colombia, señala que la novela de Escobar es una “excelente recreación novelística de las primeras jornadas de la Conquista” (p.122), en el que la “naturaleza estremece a los personajes de principio a fin”. Y Juan Carlos Orrego Arismendi (2010), retomando estos aportes ya mencionados, reivindica la capacidad creativa del autor que dejó a la posteridad una novela que “sirve a la historia y se sirve de ella” revelando “verdades comunes perdidas” (p. 58).

3. Españoles y caribes: un cuadro humano de semejanzas.

La obra de Escobar tiene el gran mérito, como se verá a continuación, de poner tanto a los personajes históricos españoles como a los aguerridos Caribes en sus facetas más humanas. Lo que llama la atención inicialmente es el primer contacto que tiene el protagonista con la tribu Caribe. En el recorrido por el río Atrato, a medida que se van adentrando en el golfo de Urabá, el español-narrador entabla una conversación con su padrino, Juan de la Cossa. Mientras dialogan, la

mirada se pierde en la orilla del río y la exuberancia del paisaje hasta que, de repente, ve al indio entre las ramas, “no lo vi salir. Cuando lo capté, estaba en cuclillas [...] miraba hacia la nave con un gesto indescriptible. Entre sus piernas brillaba el oro de un cuenco en forma de caracola” (Escobar, 1999, p. 24).

El asombro del indio ante las naves que se desplazan por el río y la mirada del español atónito ante el oro que cubre los genitales del indio, ponen de manifiesto dos actitudes que se van a dar a lo largo del relato y que perfilan, en parte, el ser de cada individuo en este encuentro. Por un lado está el sentido de los expedicionarios en pos del oro, las especias y las riquezas de las tierras descubiertas pasando por encima de cualquier obstáculo natural o humano; y en segundo lugar, la perplejidad del indio frente a las costumbres, la vestimenta, la indumentaria (espadas, armaduras, barcos, perros, caballos) y la forma de proceder del español conquistador.

Las descripciones que hacen Colón y Gonzalo Fernández de Oviedo en el primer contacto con los indios y la forma como el “otro” es asimilado en el imaginario europeo, dan cuenta de este primer aspecto; en Colón (1982), además, se encuentra el primer relato donde se da cuenta del pueblo Caribe y Taíno;

Ellos andaban todos desnudos como sus madres los parió [...] ferrosos cuerpos y buenas caras [...] Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y la tomaban por el filo [...] y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, vide que algunos de ellos traían un pedezuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz (pp. 13-15).

El español llega a conquistar y a dominar en nombre de la corona y la cruz, no solo los lugares y las riquezas que ella produce, sino como lo plantea Todorov (1987) los cuerpos desnudos e “indefensos” (p. 44), símbolo de la incivildad y el salvajismo, de la ausencia de costumbres, de ritos, de religiones.

Fernández de Oviedo (2009), por su parte, en la monumental *Historia General*, historia que por lo demás está estructurada según

la historia clásica de Plinio, va a describir este momento del encuentro a la llegada de Colón a América, ya sin tantos detalles y de una forma que demuestra claramente su aversión frente a la condición del indio.

Quasi desnuda y tan silvestre, que se dice e afirman algunos que no tenían lumbre ni la tuvieron hasta que los cristianos ganaron aquellas islas. Sus armas eran piedras e varas, con las cuales mataron muchos cristianos, hasta ser sojuzgados e puestos, como están, bajo la obediencia de Castilla (Cap. V, p. 24).

En la obra de Escobar está tan claro la misión que ha venido a cumplir el conquistador a América, que cuando el narrador cuestiona a Juan de la Cossa sobre el derecho que tienen los españoles de quitarle, no solo el oro, sino los alimentos al indio, aquel sabe muy bien qué responder y lo repite en varias ocasiones como un discurso bien conocido llamado “la bula de donación” o *inter-caetera*⁷; un requerimiento o documento que legitimaba la conquista. “Que el papa dividió a este mundo en dos” y a España le tocó una parte, “la otra es de Portugal, y deben predicar la Fe católica y quienes no la acepten se esclavizan o se destruyen” (Escobar, 1999, pp. 35-140). También reconocía abiertamente sobre el oro: “Todos estaban allá por él. El oro es mágico [...] lava prontuarios ominosos [...] pone el alma con derechuras [...] Y lava las sangres ajenas de manos asesinas” (1999, pp. 32-33).

Los indios Caribes veían el mundo de manera diferente. A la llegada de los españoles por el Golfo, el viejo de la tribu le contará después al español el espanto y la sorpresa de su pueblo, así como la falta de palabras o expresiones para describir “esas naves nuevas, tan grandes, tánta cosa blanca sobre ella” (Escobar, 1999, p. 17) que se adentraban en sus tierras creyendo que los dioses habían llegado. O el pavor que suscitaban los perros asesinos que desgarraban y se alimentaban de los

7 El documento dice claramente que el Papa *dona, concede y asigna a los Reyes y sus herederos todas y cada una de las islas y tierras predichas y desconocidas que hasta el momento han sido halladas por vuestros enviados, y las que se encontrasen en el futuro y que en la actualidad no se encuentren bajo el dominio de ningún otro señor cristiano, junto con todos sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares y villas, con todos sus derechos, jurisdicciones correspondientes y con todas sus pertenencias* (Remeseiro, 2004, pp. 13-14).

cuerpos indios; o los desmayos, espavientos y las huidas despavoridas de los aborígenes ante la visión de la yegua andaluza de Pizarro (Escobar, 1999), ese demonio de cuatro patas que corría tan veloz como una flecha india. Pero esto solo daba cuenta de una parte muy humana donde el miedo acudía como a cualquier otro y en este sentido, de modo paradójico, parece mostrar Mario Escobar Velásquez una visión ingenua e idílica del mundo indígena, como se verá a continuación.

La comunicación entre los pueblos Indios desperdigados por todo el Atlántico y el Golfo de Urabá era permanente, las reuniones en los bohíos “empezaba con una recitación colectiva, de viva voz, de la historia de la tribu” (Escobar, 1999, p. 105) de modo que los hechos y las particularidades de la comunidad nunca quedaran en el olvido; no sabían qué era la riqueza ni la acumulación o para qué tanta destrucción por el oro que para ellos tenía un sentido ornamental. “Allá no habían ricos ni pobres. Todos vivían igual” (1999, p. 115).

Cada uno se abastecía y compartía con los otros, no necesitaban usar ropa y lo único almacenable era el maíz, “una bendición granulada” o las flechas, lanzas y hachas para defenderse y atacar, puesto que “el Caribe no temía a la muerte. La sabía como una consecuencia de la vida” (Escobar, 1999, p. 106). Las mujeres se dedicaban a la recolección del alimento, los oficios del hogar y el cuidado de los hijos y de su hombre, pero cuando debían pelear eran tan aguerridas como los mismos hombres, dedicados estos a los sembradíos, a pescar o a invadir otros poblados y a hacer la guerra. Si no morían en batalla o de vejez, tenían la extraordinaria capacidad de hacerlo solo con el deseo, con las “ganas de morir” (1999, p. 14).

Si bien en este reconocimiento de la “alteridad” donde el español y el indio muestran formas de ser propias, hay aspectos en su proceder que en la obra de Escobar no se diferencian: la violencia, el exterminio, la crueldad y la venganza son tan comunes a uno como a otro bando. Un ejemplo, entre muchos otros que ofrece la novela, es la muerte de Juan de la Cossa. Cuando este capitán intenta regresar a recoger a su

ahijado en el asentamiento caribe donde lo dejó, se pierde en el trayecto y desemboca con otros 180 hombres en Turbaco, lugar en el que luego de saquear y embriagarse, son emboscados por unos caribes “feroces como los más, ceñudos, vengativos” (Escobar, 1999, p. 49).

Allí, de la Cossa se enfrenta con valentía mostrando el rango de Jefe; lucha con denuedo hasta que las flechas ponzoñosas lo doblegan, “después de recibir cuatro o cinco de eso virotes, mi padrino se derrumbó [...] clavó la espada en el suelo para sostenerse en ella, las manos puestas en la empuñadura, y oró” (Escobar, 1999, p.62). A pesar de que los indios vieron que el español ya no iría a ninguna parte, estrecharon el círculo en el que lo tenían encerrado y uno a uno, cada indio “disparó todas sus flechas. De una en una se clavaron hasta que Juan de la Cossa más pareció un puerco espín que el Piloto Mayor” (1999, p. 62).

Esa noche de barbarie, 120 invasores más fueron masacrados y quemados. Alonso de Ojeda lo presencié todo desde un manglar en el que pudo esconderse por varias horas y allí, solo consigo mismo, “Lloró la derrota. Lloró el oro rapiñado y tirado luego. Lloró a los compañeros machacados” (Escobar, 1999, p. 64). Cuando los pocos españoles que sobrevivieron lo recogieron en la playa, se fueron en busca del poblado y allí, como hicieron con sus compañeros, descargaron toda la ira. La venganza cumplió su cometido. Esperaron hasta la noche para emboscar, y arreciaron con los bohíos; los indios salían aturridos, “e incendiados, entontecidos por el sueño. Los aparaba la estocada o el lanzazo [...] mujeres humeantes con cabellera de llamas, y niños soasados” (1999, p. 65). Luego, solo el humo, el miedo y la desolación se unían a la carne putrefacta que había dejado el ataque indio el día anterior. A su regreso a la embarcación, los españoles no olvidaron arrancar de los cuerpos las narigueras, los brazaletes, los pectorales y los ídolos de oro como premio de su hazaña.

Sin embargo, esta situación no era extraña para ninguno de los dos bandos. En una de las largas conversaciones en las que el “viejo” Caribe

interrogaba al español aliado sobre el porqué habían ido los invasores a sus tierras, este le aclaraba que habían llegado a conquistar, autorizados a matar y esclavizar a todo el que no aceptara la religión en busca del anhelado oro y del disfrutar de las mujeres indias; el viejo entonces “no se extrañaba, ni lamentaba. Eran esas las prácticas del guerrero [...] así era el pueblo Caribe, igual. Así trataban a los otros pueblos, salvo lo de la religión, que no entendía” (Escobar, 1999, p. 93).

Ahora bien, mirado desde otra perspectiva, es claro en este sentido el papel ético que cumplió la monumental obra de Bartolomé de las Casas (1574/84-1566)⁸, la cual estuvo encaminada a lo largo de su vida a la defensa de “esas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden” (De las Casas, 1985a, p. 66), que fueron diezmadas por la brutalidad, las enfermedades, la explotación, las horas extenuantes de trabajo, el desplazamiento y la destrucción de su medio habitable. Sin embargo, para Gonzalo Fernández de Oviedo estas mismas gentes solo fueron parte de su interés “científico” y “botánico” como objetos que se sumaban a “cuantos valles, e flores, llanos e deleitosos” (Fernández de Oviedo, 2009, pp. 7-8), con sus ríos, arboles, flores, ríos y mares

8 Según Bernard Lavalley (2009) en su biografía *Bartolomé de las Casas. Entre la espada y la cruz*, el Padre de las Casas, como sería conocido posteriormente, dejó un invaluable legado a lo largo de su vida en el que numerosos escritos de gran extensión dieron cuenta de su labor misionera en defensa de los indios americanos. En 1566, a pocos meses de su fallecimiento, el dominico escribió una larga *Súplica* al Consejo en el que se resumían todas sus ideas llevadas a cabo en 52 años de peregrinaje y luchas en pro de los indios. Los ocho principios fundamentales fueron un requerimiento gubernamental, entre tantos otros que no fueron escuchados, como reivindicación de la condición humana del indio americano:

La constatación de que la tenencia española de los reinos indios es una usurpación; las encomiendas y los repartimientos son inicuos, intrínsecamente malignos; quienes los otorgan o se benefician de ellos se hallan en estado de pecado mortal; el Rey no puede justificar en absoluto lo que hizo en las Indias; todo el oro, la plata, las perlas y demás riquezas traídas ultramar han sido robadas; se impone la restitución a los indios para bien de salvación de las almas españolas [...] y el derecho de las indias a la justísima guerra (Lavalley, 2009, pp. 253-254)

Estos principios, que en líneas generales encierran el legado del pensamiento del dominico, fueron pensados y propuestos en obras como *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* (1537); *Apologética historia Sumaria* (n.d); *Historia de las indias y brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1553), entre otras.

navegables revelaba el nuevo mundo. Pues además eran ociosas, viles, cobardes y con grandes vicios.

Esto no sorprendió a Bartolomé, que en el Tomo III (cap. 24) de su monumental *Historia de Indias* desmiente a Oviedo de sus exageraciones y tergiversaciones sobre los habitantes del Caribe:

Oviedo dice muchas cosas, como suele, que no vio, de costumbres malas de la gente de aquella isla, que ni yo supe, que fui de los primeros y estuve allí algunos años [...] nunca tuvieron un día de alivio, sino que toda su ocupación era en los trabajos que los mataban (De las Casas, 1985b, pp. 97-98).

Por otro lado, una de las prácticas alimenticias con la que se relacionó a las tribus en América en tiempos de Conquista, y muy especialmente al pueblo caribe, fue la antropofagia. Según Adelaida Sourdis (2001), “en algún momento el nombre caníbal se asimiló al Caribe; seguramente porque venían de la tan mencionada isla de los Taínos llamada Carib” (p. 28). Colón ya los nombraba como “hombres comedores de hombres” a aquellos grupos de indios, debido en parte a la fiereza resistencia que opusieron al dominio conquistador.

También el canibalismo podría explicarse, según la autora, como una forma de sobrevivir ante el desplazamiento, las invasiones y las extendidas guerras en las que la devastación de las tierras no daba otra opción (Sourdis, 2001). Esta parece ser la justificación que ofrece Escobar en la novela, al invertir los papeles y poner a los españoles en esa otra posición desde la cual se puede ver que la práctica antropofágica es normal en condiciones de hambre extrema.

En el Fuerte de San Sebastián, los españoles fueron acorralados por los caribes y al verse en esta situación, deciden salir al ataque; “los españoles hicieron una carnicería [...] iban dejando a su alrededor una hueste de cadáveres y de heridos, que si podían, se arrastraban sobre su propia sangre” (Escobar, 1999, p. 162). La derrota de los indios y el triunfo de los españoles renuevan los ánimos del conquistador, pero el hambre es aún más terrible y devastadora que cualquier guerra.

Por varias semanas, el hambre ha debilitado los cuerpos y no queda otra opción que recurrir a los cadáveres esparcidos por la playa. Alguien se atreve a decirlo, “no vamos a morir de hambre habiendo tanta carne afuera como se precise” y después de cierta airada polémica, otro más zanja la disputa diciendo: “la elección es libre. Yo no me moriré de hambre ni de escrúpulos” (Escobar, 1999, p. 163). Llevan entonces algunos cadáveres al interior del Fuerte, los destazan y con “un sentimiento de culpa que imponía silencio” (1999, p. 164) fueron quemando las carnes y comiendo de ellas hasta el hartazgo.

Para los Caribes no era extraña esta práctica, y aunque el narrador relata que nunca los vio realizarla, declara que de ella se habló varias veces, pues “era connatural y tenía hondos ancestros. No solo comían de sus enemigos vencidos por la lanza o la macana, sino que engordaban a infantes robados de poblados enemigos” (Escobar, 1999, p. 166).

Aquí parece hacer eco la famosa discusión de Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, entre 1550 y 1551, en relación con el segundo argumento debatido allí: las prácticas inhumanas del canibalismo y de los sacrificios humanos de los indios de América (Zuluaga, 2009). Las otras tres razones discutidas en ese entonces fueron que el sometimiento de los indígenas se validaba por el hecho de que se les consideraba “bárbaros”; porque violaban la ley natural con sus costumbres y porque con el sometimiento, se facilitaba el curso de la evangelización.

Tanto Ginés de Sepúlveda como de las Casas había interpretado el canibalismo y los sacrificios humanos siguiendo de cerca al catedrático de la Escuela de Salamanca, Francisco de Victoria, para quien la intervención bélica a los indígenas era una forma de proteger a los inocentes; de las Casas tomó argumentos de los historiadores griegos y romanos, y del derecho natural tomista para terminar por admitir la legitimidad de tales prácticas antropofágicas, y declarar que aunque no las compartía, consideraba que era un derecho inalienable de las culturas. Además aducía que en la defensa de esta práctica, los

españoles no tendrían ninguna autoridad moral para castigar a los indios por los sacrificios o el canibalismo, ya que todos los pueblos de la antigüedad habían reverenciado a los dioses con seres humanos y prácticas antropofágicas, fuera por necesidad o para atemorizar a sus contrincantes (Zuluaga, 2009).

Además de las prácticas de canibalismo señaladas en la obra, hay otros aspectos de comportamiento y formas de ser que Mario Escobar compara en el desarrollo de la novela, entre españoles e indios. El narrador reconocía que al lado de Juan de la Cossa había aprendido de navegación y de un gran cúmulo de saberes sobre el mar y sus fieros recorridos, y luego, al conocer al Viejo de la tribu, quien le aportó conocimientos botánicos, le enseñó a caminar y alimentarse de la selva, le puso a disposición varias mujeres como compañeras de amor y de lecho, sentía que en sus largas conversaciones con este se encontraba frente a su padrino, pues “hablaban de lo mismo cada uno en su lengua. El uno en su nao, y este otro en su escollera. Cada uno desde muy hondo de sí” (Escobar, 1999, p. 98).

De la misma manera, el narrador comparaba la grandeza y la valentía, así como las bajezas de los españoles que lo acompañaban; admiraba el porte de mando, la sabiduría y la prevención de Juan de la Cossa; la rapidez, la sagacidad y la forma de evadir la muerte en Alonso de Ojeda, como el “gamo” que era, quien en una de las incontables batallas con los Caribes, sabía llevar en la mano izquierda la espada y en la derecha la daga; las flechas no lo tocaban (Escobar, 1999), pues encabezaba todos los ataques que hacían como destinado al triunfo.

La desconfianza y el analfabetismo no le quitaban a Francisco Pizarro la vivacidad y la lógica de su grandeza, que en su sed insaciable de riquezas “sabía ser una furia viva y grande combatiendo” (Escobar, 1999, p. 208). Su faceta más humana se muestra cuando pierde a su yegua andaluza devorada por un prehistórico caimán, que de Las Casas (1985b) refiere en *Historia de indias* como un hecho ocurrido a Ojeda y no a aquel, o en las incontables noches cuando “agrió” por la

falta de mujer presente sus triunfos futuros descubriendo imperios, traicionando compañeros y rivales (Balboa y Atahualpa), o previendo la estocada final al cuello que acabará con su vida como algo merecido.

También estaba la imagen de “el legalismo puntilloso y cansón” (Escobar, 1999, p. 133) del bachiller Enciso, cobarde como ninguno; las improvisaciones e indecisiones en la navegación de Nicuesa; la incapacidad de Pedrarias de Ávila para gobernar y sus modos brutales de autoritarismo (Escobar, 1999); y el aire inconfundible del linaje y el porte de noble en Vasco Núñez de Balboa, quien esgrimía la espada como el mejor; su técnica lo hacía rápido y eficaz en la estocada y decían de él que tanto en torneos como en batalla, su espada “era una cortina, atajadora, que era como 20 espadas, múltiple” (1999, p. 162).

Uno a uno, la novela busca resaltar las cualidades tanto de españoles como de Caribes. En los indios también se destacaban algunos hombres por su sabiduría (el Viejo); por el porte de jefe y aguerrido combatiente en el campo de batalla (Tirupí); por la prosperidad y las dimensiones inimaginables de sus riquezas (Cémaco); y por la distinción de noble y la agilidad en el combate (Panquiaco), quien juega un papel importante no solo como guía que muestra el camino a Pizarro hacia el imperio Inca, sino como aguerrido y sagaz en el combate, que en un duelo con Pizarro se igualó en fuerza, rapidez y valentía (Escobar, 1999).

No obstante, los Caribes también eran iguales en crueldad a los españoles. Si bien sus lanzas y macanas podían hacer mucho daño, el tósigo que preparaban para untar las puntas de las flechas y los dardos era muestra de su crueldad. La ponzoña con la que untaban sus flechas era de doce ingredientes entre frutas, alacranes y hormigas letales –solo aspirar los humos de su preparación podía quitar la vida– (Escobar, 1999) para una muerte lenta, dolorosa y sin escapatoria. El Caribe no temía a la muerte, ni sentía lastima por el derrotado. “La tuvo tanto tan poco como la tuvo el español en esas tierras [...] el Caribe con el enemigo y aun consigo mismo, era indeciblemente cruel” (Escobar, 1999, p. 209). Además, eran belicosos, no sabían de la compasión,

rapiñaban mujeres para el placer y niños para el engorde; reconocían la invasión como propia y solo temían a la derrota (Escobar, 1999).

Entre ataque y ataque, de uno y otro bando, mostraban formas de guerra y de muerte similares, un hecho que lleva al narrador a decir, después de una tarde en que ve cómo las hormigas acabaron devorando una cabeza española cercenada, que los Caribes habían puesto visible en la playa como escarmiento: “Ahí fue cuando entendí que Caribe y Español usaban de la misma crueldad” (Escobar, 1999, p. 109).

4. La mujer Caribe en la novela: un contraste necesario

Si bien las alusiones a la mujer española en la novela son mínimas, la mujer Caribe sí está presente con mayor fuerza en el relato. Se creería que cumple una función cercana al tema del romance que se encuentra en Pocahontas y otras novelas coloniales en las que la Conquista se reduce a una historia de amor, pero muy pronto se comprueba que su intervención es mucho más fundamental en la narración, en tanto que rompe claramente con el cuadro de semejanzas entre indios y españoles, y se convierte en el motivo velado que mueve las acciones y las transgresiones del narrador-protagonista.

Este llega a la isla siendo un joven inexperto y ávido de conocimiento. Todo su despertar sexual se da gracias a Miel, una india joven e inteligente, de rasgos “bellamente fieros”, quien lo relacionó con la cultura Caribe, con los saberes ancestrales de la medicina y con los deliquios del placer. “Llegaba desnuda, enteramente, como salida de un paraíso” (Escobar, 1999, p. 51). Ella lo sedujo por un tiempo mientras lo conocía, pasaban horas aprendiendo el uno del otro, hasta que finalmente, él pudo acceder a ella, a “la sabida, la más lujuriosa, la seductora.” Y con el encuentro sexual, “atroz, el amor me llegó como un dolor” (1999, pp. 57-60), declara el narrador.

Miel se convirtió en la esposa con la que tuvo un hijo, el cual pudo haber sido abortado con las prácticas naturales comunes en la tribu (Escobar, 1999), pero que ella conserva como muestra del gran amor

hacia el español converso. Un hijo a quien el protagonista no conoció y que murió luchando contra los españoles. Ella, por su parte, se alejó de su esposo con total libertad cuando lo consideró necesario y lo siguió acompañando siempre desde la lejanía y llevándole noticias de sus andanzas. Los deliquios del amor ofrecido por la mujer, la ternura desbordada, los cuidados en el bohío y la sabiduría médica sin precedentes, llevan muchos años después a reflexionar al narrador.

¿Era mi mujer salvaje? Era una médica, y era una cultora de su deber [...] En ella descansaba toda una antigua sabiduría de muchas curanderas que la antecedieron [...] una sabiduría que, hasta donde podía juzgarlo yo, era más y mejor que la europea (Escobar, 1999, p. 91).

Pasaron otras mujeres por la vida del narrador, que le dejaron otro hijo, sin que la infidelidad o el hecho de compartir varias mujeres fuera un problema para la convivencia. Ya se habló sobre el papel que cumplían las mujeres en el hogar y la determinación denodada y violenta con la que cumplían las labores de la guerra si así se requería, pero en cuestiones del amor y del placer podían compartir a su esposo y alejarse del hogar en cualquier momento.

La mujer española es pocas veces referida en la obra, pero cuando alguno de los personajes alude a ella, el cuadro que pinta lleva una marca de santurronería y desprecio. El que más la compara con las indias es Pizarro, pues estas “son cariñosas. No son como esas hembras españolas, austeras, monacales” (Escobar, 1999, p. 40). Si bien la mujer española tiene rasgos pulidos o delicados frente a la rudeza del rostro de la mujer india, esta se presenta al español como un premio que puede ser adquirido con mayor facilidad, ya que en España las mujeres son un lujo y muy costosas (Escobar, 1999). Además, dice el narrador en otro aparatado, la mujer española sabe dar derrotas con su forma reticente para entregarse; una reticencia que en el fondo no muestra la mujer india, pero que en aquella esconde la amargura y el dominio que busca imponer al hombre (Escobar, 1999).

Esta figura de la mujer inteligente, trabajadora, entregada al esposo y al hogar, cariñosa, sensual y dueña de su libertad que caracteriza a Miel, así como a esas otras compañeras que lo acompañan en las noches, escapa completamente a esa otra imagen de la mujer “paradisíaca” y distorsionada que presentan ciertas descripciones de los Cronistas de Indias en la que las mujeres indias se muestran como salvajes y faltas de todo conocimiento; o en otros casos, solo destinadas a la satisfacción sexual de los conquistadores⁹.

Así como el placer homosexual era una práctica común entre los hombres de la tribu Caribe, pues “¿Qué es natural y quien lo determina?” (Escobar, 1999, p. 123) se pregunta el Viejo de la tribu, también se veía con buenos ojos que las mujeres escogieran con quién acostarse y hasta qué momento permanecer a su lado. “Eso de dos o tres esposas era un asunto muy común entre los indianos” (1999, p. 253), las tenían bajo el mismo techo y encontraban los modos de que las mujeres se llevaran bien entre sí. Pero también sabían que el hombre debía satisfacer a sus mujeres para que no fueran en busca de otros hombres. Una de las amantes del protagonista lo tenía claro, “cuando no me sienta bien contigo, te dejaré. No soy yo tu esclava, si no tu amiga. Estoy contigo porque quiero estar” (p. 267).

9 Este último es el caso del relato de Michel de Cuneo, el primer aventurero italiano que fue al Nuevo Mundo en busca de placer, según refiere en sus cartas personales dirigidas a su amigo Jerónimo Annari, y que dan cuenta, entre otras cosas, de la primera violación documentada perpetrada a una india por un español (Da Cuneo, 1982). Después de partir el 24 de septiembre de 1493 con 17 carabelas en el segundo viaje de Colón, llegan a una de tantas Islas Canarias, “una isla grande que estaba poblada de caníbales” (Da Cuneo, 1982, p. 25). Allí, algunos de los expedicionarios se pierden o los creen perdidos, pero en su búsqueda se encuentran con “doce mujeres, muy bellas y gordas, entre quince y dieciséis años de edad” (1982, P. 26) . Se impresiona el narrador porque cuenta cómo los hombres que vienen con ellas tienen el miembro cortado a ras para que no se mezclen con las mujeres o tal vez para engordarlos y después comerlos, aclara. Uno días después, cuenta el cronista que luego de un ataque de mujeres y hombres “caníbales” que los flecharon ferozmente con sus arcos, lograron doblegar a los atacantes y degollar algunos indios. Cuneo apresa a una “canibal bellísima” que el Almirante le regaló como botín y cuenta entonces el estupro: Yo la tenía en mi camarote y como según su costumbre estaba desnuda, me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución mi deseo, ella se opuso y me atacó en tal forma con las uñas, que no hubiera querido haber empezado [...] tomé una soga y la azoté tan bien que lanzó gritos inauditos que no podrías creerlo (Da Cuneo, 1982, pp. 27-28).

El viejo también deja claro la necesidad de una mujer como compañía y siente el desprecio que le hacen cuando no queda más que la vejez, “antes las mujeres me buscaban [...] todavía las deseo, y puedo, y las espero. Pero todas creen que estoy de tirar”(Escobar, 1999, p. 97). De ahí que le recuerde al español las bondades de la mano, “porque es más fiel que la mujer más fiel: no se va nunca” (1999, pp. 97-98) y cuando en otra ocasión le recrimina al español por el abandono en que tiene a las tres mujeres que lo visitan en las noches, vuelve a recordarle cómo para la mujer india lo que importa es lo que lleva el hombre en su caracola.

5. A modo de cierre

Si bien el análisis hasta aquí propuesto no pretende ser exhaustivo ni agota las posibilidades de la novela, sí dispone algunos puntos de consideración para la hipótesis inicial del trabajo: en *Muy Caribe está*, Mario Escobar Velásquez busca recrear, por medio de su obra histórico-ficcional, un cuadro de semejanzas entre el español conquistador y el indio Caribe enfrentados en las primeras décadas del siglo XVI en la región del Caribe colombiano.

Los hechos, los personajes, los lugares y las acciones parten de la historia para enmarcar con credibilidad una narración que abunda en imágenes, fuerza y colorido. Escobar hace que el lector se apasione y sienta lo que viven sus personajes; la hostilidad de la naturaleza, la impotencia frente al horror de la guerra, la fragilidad humana ante el dolor y la alegría, la exuberancia y el erotismo del encuentro de los cuerpos. Es un relato que se construye desde adentro y con múltiples miradas en el que los bandos enfrentados se presentan con gran verosimilitud.

De ahí, que frente a la visión europea que ha desconocido toda la cosmogonía del indio americano y la grandeza de su organización social, política y cultural, así como ante la satanización del español conquistador marcada por el saqueo sin escrúpulos y su empresa suicida, Escobar presente un cuadro de semejanzas entre indios y españoles que

no pretende ignorar los vejámenes cometidos al indio americano con la llegada del europeo, ni negar esa realidad que dejó setenta millones de muertos en ambos bandos y ha sido bien documentada (Todorov, 1987), sino mejor, parece haber un intento en el autor por reconstruir los hechos del pasado de una manera equilibrada como una forma de lavar las culpas por los crímenes cometidos.

La novela tiene un trasfondo bélico que lleva a reflexionar sobre la guerra como una forma de destrucción mutua, donde la venganza y la crueldad parecen tener una fuerte correspondencia en el choque de las culturas, y las “víctimas” terminan adoptando las mismas formas de crueldad y exterminio que los victimarios. Escobar demuestra que ante este efecto refractario, el relato se erige como balance de las responsabilidades compartidas en el que la narración cumple el papel de juez. Las pasiones humanas se ponen en juego cuando las diversas formas de violencia irrumpen el orden social; la vida y el amor, la pasión y la codicia, el odio y la venganza, la gloria y la derrota, la crueldad en toda su expresión y los miedos más humanos que se ponen a prueba como paradoja de las diferencias constitutivas de lo humano que se transforma en semejanzas.

De igual manera, la novela sienta una posición frente al rol de la mujer. Con la llegada a América del español conquistador, viene también una imagen mítica e idealizada de la mujer que durante muchos años llenó el imaginario europeo. Esa “conquista erótica de las Indias” (Mira Caballos, 2007, p. 6), como se le llamó a la unión voluntaria de la mujer indígena con el español conquistador, Escobar lo presenta con un matiz diferente y aparentemente deliberado, en tanto que esa mujer dueña de su voluntad y clara en sus propósitos frente al amor y ante la guerra, como se pudo rastrear, no se asemeja a ninguna otra mujer de su tiempo y está mucho más cercana al rol de la mujer del siglo XX.

Con esto, el papel de la mujer en la novela entra a romper las semejanzas entre Caribes y españoles, y se reafirma como una figura difícilmente “encasillable” en algún estereotipo. Además, su fuerte

presencia en el relato mueve a las acciones y a las decisiones que tanto el narrador-protagonistas como los diferentes personajes responden. Mario Escobar Velásquez parece no olvidar el papel fundamental que ha cumplido la mujer en los rumbos de la historia y, de esta forma, reivindica su imprescindible presencia.

Referencias

- Alberca, M. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva
- Colón, C. (1982). Los cuatro viajes del almirante y su testamento. En *Crónicas de Indias. Antología*. Bogotá: El Áncora Editores
- De Las Casas, B. (1985a). Brevisima relación de la destrucción de las Indias. En *Bartolomé de Las Casas: Obra indigenista*. Ed. José Alcina Franch. Madrid: Alianza Editorial.
- De Las Casas, B. (1985b). *Historia de las Indias*. Ed. André Saint-Lu. Tomo I, II y III. Caracas: Biblioteca de Ayacucho. Recuperado de: http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=87&backPID=87&begin_at=104.
- De Cuneo, M. (1982). Noticias de la tierra nueva. En *Crónicas de Indias. Antología*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Fernández de Oviedo y Valdez, G. (2009). *Historia General y Natural de las Indias*. Recuperado de: <http://www.biblioteca-antologica.org/wp-content/uploads/2009/09/FERN%C3%81NDEZ-DE-OVIEDO-Historia-general-y-natural-I.pdf>.
- Escobar Velásquez, M. (1991). *Con sabor a fierro y otros cuentos*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto.
- _____ (1999). *Muy Caribe está*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Lavalle, B. (2009). *Bartolomé de las Casas. Entre la espada y la cruz*. España: Ed. Ariel.
- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo, W. (1982). "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En Luis Iñigo Madrigal (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. (pp. 7-116). Madrid: Cátedra.
- Mira Caballos, E. (2007). Terror, violación y pederastia en la Conquista de América: El caso de Lázaro Fonte. En *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 44, 37-66. Recuperado de: <http://estebanmira.weebly.com/uploads/7/9/5/0/7950617/terror.pdf>.
- Montoya, P. (2009). *Novela histórica en Colombia, 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Morales Henao, J. (2005). Muy caribe está. En *Revista Universidad de Antioquia*, 280, p. 116.
- Orrego Arismendi, J. C (2010). Servida por la historia y a su servicio Muy caribe está a más de una década de su publicación. En *Revista Universidad de Antioquia*, 302, p.54
- Pineda Botero, A. (2005). *Estudios críticos sobre la novela en Colombia, 1990-2004*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 417p.
- Remeseiro Fernández, A. (2004). *Bula Inter.-Caetera de Alejandro VI (1493) y las consecuencias político-administrativas del descubrimiento de América por parte de Colón en 1492*. Colección Galeutas, Archivo de la frontera. Recuperado de: <http://www.archivodelafrontera.com/wp-content/uploads/2011/08/GAL012.pdf>.
- Sourdis Nájera, A. (2001). Los Caribes. En *La Tadeo*, 66(16), 26-32
- Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores.
- Zuluaga Hoyos, G. (2009). "La discusión sobre el canibalismo y los sacrificios humanos en la disputa de Sepúlveda con Las Casas (1550-1551)". En *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 100(30) 39-46.